

LA IGNORANCIA LIBROS

NARRATIVA 8

VECINDAD

JAVIER HERRERO

JAVIER HERRERO

Javier Herrero

Vecindad

LA IGNORANCIA

LA IGNORANCIA LIBROS

Vecindad
de Javier Herrero ©

Primera edición en La Ignorancia Libros, junio 2024
Portada y dibujos interiores: Javier Herrero

www.laignoranciacrema.com
Textos publicados en La Charca Literaria
entre marzo de 2022 y febrero de 2024
<https://lacharcaliteraria.com>



Esta obra pertenece a su autor. Se permite la difusión de esta edición, citando a sus autora y sin uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Vecindad

6	Andrea
10	Georges
14	José Gabriel
18	Evaristo
22	Margarita
26	Marcos
30	Carlos
34	Sandrita
38	Marcelo
42	Serafín
46	Álvaro
50	El anacoreta inclusivo
54	Ismael
58	Laura
62	Nora
66	Hermann
70	Teresa
74	Matías José Luis
78	Sedjem
82	Cronista
87	Vecindad

Vecindad



Andrea

Andrea es la portera de la finca. Todos nos referimos a ella como "señora Andrea", aunque siempre nos replica "señorita, señorita Andrea", con un mohín en su cara entre cabreado y resignado. A pesar de su aparente malhumor y de ese gesto que siempre parece contrariado, tengo la sensación de que tras él se esconde una mujer apocada y quizás algo triste. Parece una persona vencida por su historia, aplastada por algo que está corroyendo su interior, puede que desde hace tanto tiempo que ha debido de enquistarse transformando su rostro que, sin duda, tuvo que ser muy hermoso.

La cotilla del tercero cuarta ha soltado el rumor de que, hace años, antes de ser nuestra portera, intentó matarse bebiendo una botella de lejía, y que por eso tiene esa voz tan rasposa y antipática. Es cierto que la voz de Andrea es áspera y aguardentosa, con ese tono que tendemos a relacionar con los muy fumadores. Pero a Andrea nunca se le ha visto con un cigarrillo entre los labios ni nadie puede asegurar haberla visto tomando bebidas más alcohólicas que una cerveza 0,0.

Algo muy característico de nuestra portera es la meticulosa dedicación que muestra a su apariencia, a su aspecto físico. Siempre viste como si fuera a asistir a algún evento lujoso o importante o a reunirse con algu-

na persona significada. Aunque pase diez horas de cada día en el cubículo estrecho de la portería, sus ropas, no precisamente cómodas, parecen dignas de un banquete o festejo y difícilmente hemos podido verla repitiendo vestimenta dos días seguidos.

Su imagen, sin embargo, puede convertirse en algo ridículo por su prolija y cuidadosa costumbre de pintarse exageradamente, de maquillarse en exceso, con unos labios demasiado coloreados y perfilados y unos ojos remarcados casi con furia sobre un intenso colorete en las mejillas. Creo que no necesita tanta pintura en la cara. Sin ella estaría mucho más atractiva. Su rostro tan recargado convierte su constante enfado gestual en una especie de máscara un poco grotesca que no le hace nada bien en relación con el vecindario, que ha acabado por no tomar en serio nada de lo que dice, hasta el punto de burlarse de ella en numerosas ocasiones.

Yo veo esos labios reventones y creo que, a pesar de retorcerse en un extraño y desangelado gesto cercano al asco o al enfado, en el fondo esconden una cierta amargura y añoranza de un tiempo pasado que debió de ser intenso, arrebatado y sensual. Es lo que imagino cuando veo a Andrea. Me reconforta pensar que esta mujer agrisada pudo ser alguien tan vital y enérgica que hasta podría habernos enseñado a los demás a disfrutar de la existencia.

Aunque, en otras ocasiones, a veces, pienso que su recelo no es tanto por un pasado que fue y no volverá sino por un presente amargo en el que los videoporteros automáticos hacen cada día más innecesaria la profesión del portero.



Georges

Dicen que Georges es un punki, aunque no sé si los que dicen eso de él saben bien lo que esa palabra significa.

Este chaval vive en el primero cuarta, en un angosto y enano cuchitril tan miserable que aún no puedo entender cómo puede haberse convertido en un espacio habitable. Se trata de un cuartucho con la superficie justa como para que quepa un camastro estrecho y un hueco para el váter-ducha que más parece un armario, pequeño incluso. No sé cómo prepara su comida... puede que ni siquiera coma en casa. Prefiero pensar que no. Este muchacho rapado casi al cero, lleno de tatuajes, colgantes y pendientes, tiene un poco atemorizado al vecindario, más por su forma de hablar, bastante brusca y con palabras sin filtro ninguno que para muchos son soeces, que por una actitud que pueda considerarse violenta. Es más, yo creo que en el fondo intenta siempre ser amable con todos pero no sabe encontrar las palabras adecuadas para ello ni cómo expresarlas sin que sus gestos puedan resultar amenazantes.

Eso hace que los que habitan en este edificio traten de evitar todo contacto con él, diciéndose asustados por una imaginada violencia que no es tal. Nadie ha podido demostrar nunca que Georges se comportara de manera evidentemente agresiva, más allá de sus palabras y gestos.

Pero el miedo es gratis y este chaval recibe continuamente el rechazo de (casi) todos sus vecinos, lo que contribuye a que cada día se sienta más y más marginado y ponga cada vez menos interés en ser reconocido como convecino.

Con todo esto, lo que yo pienso que caracteriza más a Georges es una gran peculiaridad, difícil de creer, pero que un día me confesó cuando estábamos sentados en un banco del parque fumándonos un porro. Se trata, según él, de que vive en días diferentes a los que vive el resto de la gente. Para él, decía, el lunes puede despertarse como jueves o domingo, o como cualquier otro día, según le dé. Y así le sucede con todos y cada uno de los días de su vida. Me dijo que no puede controlarlo ni preverlo y que en muchas ocasiones se siente en un momento en el que nadie está y que con nadie puede compartir.

«Vas un poco fumado, ¿no?», le dije al respecto, aunque me aseguró que nada de eso tiene que ver con las drogas y que desde niño sufrió esa especie de descoordinación temporal con el resto de la gente con la que ha tenido que convivir, incluso cuando ni aún sabía lo que significaba la palabra marihuana. Sonriendo, pero con respeto y sin burlarme, le dije que sería muy difícil que volviéramos a coincidir en ese banco para fumarnos otro porro cualquier otro día.

A mí, Georges no me da miedo.



José Gabriel

Yo creo que José Gabriel podría vivir perfectamente en el ridículo zulo en el que vive Georges, el chico punki del primero cuarta, de quien es vecino de planta, aunque su casa es muchísimo más grande, poniendo en cuestión al que diseñó este edificio a la hora de dividir los habitáculos, uno tan enorme y otro tan clamorosamente insuficiente como para ser habitable.

José Gabriel decidió hace mucho tiempo que podría prescindir de la electricidad y así lo hizo; retiró de su casa todo lo que para el resto hace más fácil la vida, los electrodomésticos, incluido el frigorífico, y cualquier otra cosa que se alimente por cables. Afirma que con una cama, una mesa, una silla, la ducha y un váter tiene todo lo necesario para poder ser feliz. Ha construido, o mandado construir, una especie de fresquera para conservar los alimentos de forma natural. Además compra todo lo que necesita casi a diario y tan solo las cosas que sabe que va a consumir en poco tiempo, para de esta forma no desperdiciar nada y no tener la necesidad de almacenar alimentos perecederos.

José Gabriel es ciego, pero siempre insiste en que esa deficiencia física no le impide llevar una vida plena, como a simple vista puede compro-

barse cuando te topas con él. Me comenta que es frugal con su alimentación pero en absoluto parece mal alimentado. A pesar de ser de constitución asténica, se ve robusto y con un buen tono muscular.

La verdad es que a su buena imagen contribuye de manera sustancial su manera de vestir, siempre tan pulcro y elegante. No acabo de imaginar cómo se las apaña para llevar la ropa perfectamente planchada e, incluso, combinada con tanta clase que resulta difícil creer que sea totalmente ciego.

Me hace gracia, José Gabriel es, en su aspecto, la antítesis perfecta de su vecino Georges, siempre tan desastrado (a propósito) con sus ropajes rasgados y desiguales. Me encanta verles juntos cuando, en ocasiones, coinciden en la escalera, uno para bajar a por sus provisiones del día y el otro a descubrir en qué día de la semana la va a tocar vivir.

Cuando le pregunto a José Gabriel por su habilidad para vestirse con tanto gusto sin ver las prendas, sin conocer los colores de estas y ni siquiera poder observar su propia imagen reflejada, me contesta que se trata de un sentido extra, muy entrenado, que le surgió de repente cuando perdió la visión.

Me confiesa, con algo de sarcasmo y un refinado sentido de humor (una característica importante de su personalidad), que se viste "mirándose" a un espejo de cuerpo entero que tiene como único mobiliario en uno de los cuartos de su casa. Claro está que no puede verse, pero acaba confesándose que se sirve de trucos diversos y distintas etiquetas para reconocer las prendas y poder verlas en su mente. Desde luego, debe de tener una prodigiosa memoria visual para combinar mentalmente formas y colores sin ver.

De lo que no quiere hablar nunca es de por qué y cómo perdió la vista. Por su conversación, agradable y muy erudita, he podido deducir que disfrutó de la luz hasta pasada su adolescencia, que él marca en sus 21 años. Me han llegado rumores de lo que le pasó, aunque me cuesta creer lo que cuentan. Los cotilleos en esta finca están a la orden del día y no puedes dar crédito a casi nada de lo que se rumorea. Pero este chisme es tan surrealista que me desconcierta. Hay quien afirma que José

Gabriel perdió la vista en un incomprensible accidente mientras limpiaba lentejas para hacerse un guiso castellano.
José Gabriel dice que no le gustan las lentejas.



Evaristo

Cuando conocí a Evaristo Santiesteban tuve la sensación de encontrarme ante un personaje de tiempos pasados. Con su gesto severo y adusto y sus trajes anticuados, sobrios y gastados, parece sacado de un viejo daguerrotipo de alguien que en otra época vivió tiempos mejores y acabó perdiéndolo todo y quedándose solo.

Leo demasiadas novelas, pero seguro que algo de eso hay en la biografía de Evaristo. Sin embargo, creo que nunca pudo disfrutar de una posición social o económica lo suficientemente boyante como para poder haber sido considerado un privilegiado ante la medianía. En realidad, se trata de un profesor de instituto, ya jubilado, que dedicó su profesión a la ingente e ingrata tarea de tratar de inculcar un mínimo de interés por la historia en sus alumnos adolescentes, siempre en una vetusta y anticuada institución educativa en la que ejerció toda su carrera, nada menos que 43 años.

La amargura, me comentó un día, serio y apenado, fue apareciendo en su vida a medida que transcurrían las más de cuatro décadas de su trato académico con sus pupilos, quienes, con los cambios sociales y los avances tecnológicos, fueron convirtiéndose, cada día más rápido, en una juventud muy poco interesada por su pasado y cada vez más

instalada en un presente continuo, en una lúdica adolescencia eterna. No obstante, su gesto cambia y esboza un amago de sonrisa cuando saca a colación (y no deja de hacerlo siempre que tiene oportunidad) que uno de sus alumnos acabó dedicándose a la materia de su asignatura, a su amada Historia (así, con mayúsculas parece decirlo). Este pupilo se había convertido en un reconocido autor de ensayos históricos con un par de libro publicados que habían tenido cierta repercusión en el gremio, algún premio incluso.

Es entonces cuando el rostro de Evaristo Santiesteban, casi siempre melancólico y apagado, se ilumina y, como espoleado por algún extraño conjuro, abre los ojos y vomita una verborrea emocionada y llena de entusiasmo recordando a su alumno aventajado, muy bueno a su entender. Y, de paso, siempre suelta de propina una retahíla de datos históricos que, a su juicio, explican de manera fehaciente por qué somos como somos. Es irrelevante el interés de su interlocutor por lo que cuenta, hasta el punto de que creo que, una vez iniciada su perorata, si me fuera y le dejara solo, él seguiría hablando y hablando de la materia sin darse cuenta de estar hablando al vacío.

A mí no me interesa mucho la historia, dando con mi ejemplo razón a Evaristo en cuanto al inexistente interés actual por conocer nuestros tiempos pasados... salvo que se trate de esas ficciones históricas románticas o bélicas que acaban convirtiéndose en películas o series de televisión. Eso, y lo dice con rabia y enfado reales, eso, afirma Evaristo, es lo que más aborrece del mundo y abomina de esos cursis e irreales argumentos que «banalizan un campo de estudio esencial para una sociedad sana y con futuro», dice.

Creo que Evaristo Santiesteban es un sabio que no ha sabido (o no ha podido) dedicar su saber a una faceta más provechosa que la de pretender, casi siempre infructuosamente, abrir la mente de los jóvenes al conocimiento. Da pena pensar eso de un hombre tan apartado y apagado. A Evaristo no se le ha conocido pareja y se ha dedicado por completo a su pasión, a la enseñanza de la Historia (con mayúsculas). Cuando muera, salvo si alguien lee estas líneas, nadie recordará que ha existido.

Yo lo veo como un hombre triste y solitario que no dejará huella ninguna en la historia (en minúsculas).



Margarita

Es la persona más cotilla que he conocido nunca en mi vida. Margarita Infante de la Mora es la viuda que vive en el segundo cuarta.

No sé por qué es el segundo cuarta cuando cada planta de este edificio solo cuenta con dos puertas, con dos únicas viviendas. Podrían decir izquierda y derecha, o primero y segundo, o como más le guste a quien haya definido la estructura de este bloque. Pero cuarta... ¡Si ni siquiera hay tercera!

Tranquilidad... y volvamos a Margarita.

Ella exige, sí, exige, que le pongamos el doña delante del nombre, pero como todos conocemos más o menos la forma de ser de esta señora, ridiculizamos su postura tan señorial y, siempre que hablamos de ella, la llamamos Marga, así, a secas, sin miramientos ni delicadezas, incluso cuando nos dirigimos directamente a ella, tratándola de tú y no de usted.

Es evidente que esto incrementa sus niveles de enfado permanente con la humanidad, en particular, con sus vecinos, con nuestra comunidad. No es algo que hayamos acordado en el vecindario. Parece que ha surgido tácitamente sin que nadie lo haya comentado con nadie. Está claro que esta señora merece nuestra espontánea indiferencia por sus ínfulas de abolengo.

Margarita es una persona que no sabe vivir con gente cerca de ella y creo que todos estaríamos mejor, incluso ella, si viviera aislada y sola. Sin embargo, sospecho que no sabe o no puede vivir sin gente alrededor, cercana, próxima, conocida... sin quienes su indignación permanente no tendría sentido.

Sin nosotros no podría calibrar sus baremos éticos y morales para poder seguir abriendo su huidiza boca y soltar sus envenenados improperios. Siempre pone de ejemplo a seguir a quien no conoce, a quienes ha descubierto en la televisión (sin entender, ver o escuchar, realmente). Siempre alaba a los de fuera para compararlos con nosotros, con sus vecinos, en los que vierte una bilis apestosa llena de odio y de resentimiento, algo que nadie sabe qué puede haberlo provocado.

Es difícil saber qué le ha sucedido a Marga para acabar comportándose así con los que podríamos ser, si es que no lo somos de facto, su única familia en este mundo, un mundo que tanta amargura parece infundirle.

Creo que ningún vecino ha podido acceder en ningún momento a su casa y cuando ha tenido la obligación de abrirla para alguna reparación por goteras o rehabilitación del edificio, solo ha permitido entrar a los operarios y a nadie más, excluyendo, claro está, a cualquier persona cercana, incluso al presidente de la comunidad que podría calibrar la situación coyuntural.

Sabemos que su marido murió cuando, ya casados, ella era aún muy joven, casi una niña. Al quedarse viuda, se encerró en su casa con su cotorra, su pensión y sus jaculatorias y, desde entonces, ha ido haciéndose mayor, envejeciendo ásperamente sin conocer nada más allá de las cuatro paredes, el suelo y el techo de su casa.

Por cierto, no sé si tiene cotorra, si cobra pensión o si es creyente como para rezar. Pero sí me entristece su forma de vivir, mucho, la verdad, y no cejo en el empeño de saludarla para que, quizás algún día, responda con el afecto que creo que podríamos mostrarle todos. Incluso, diría yo, hasta el joven punki del primero cuarta, quien un día me confesó que tenía la intención de entrar a la fuerza en casa de

Margarita para tratar de seducirla y probar lo que, según él, siempre deseó: un achuchón y un polvo. Lo malo es que sus pretensiones siempre chocan con una imposible planificación al no saber nunca en qué día le va a tocar vivir.



Marcos

Es sofisticado, moderno y muy estiloso. Incluso desde su mismo nombre. Se hace llamar Marc Palmer, aunque su verdadero nombre es Marcos Romero.

Me enteré no hace mucho cuando un mensajero trajo un paquete para él con algo procedente de Nueva York. Cuando yo estaba entrando al portal, me encontré al repartidor hablando con Andrea, la portera, que insistía en que allí no vive nadie con ese nombre. El mensajero, con cara de estupefacción, revisando una y otra vez los datos de la dirección y Andrea con un gesto cada vez más torcido. Como sé algo de inglés, me di cuenta de que se trataba del mismo nombre español traducido a la lengua de Shakespeare y, como la portera dijo que había salido, me ofrecí a recogerlo y entregárselo cuando volviera. No sé si se trata de algo muy legal, pero el mensajero me lo agradeció, me pidió mi número de DNI y me entregó el paquete. Andrea miró hacia otro lado como no queriendo saber nada.

Cuando me encontré con Marc y le entregué su caja neoyorkina me dio las gracias y me invitó a ver su colección de arte para la que, a fin de aumentarla con una pieza más, había llegado, precisamente, ese paquete de la ciudad de los rascacielos: una fotografía antigua de un autor del

que Marc me informó y que yo no conocía de nada, pero que debía de ser muy importante.

En su casa hay cuadros y fotografía por todas partes, como en un abarrotado museo con poco espacio, llenando las paredes y muebles y cualquier otro hueco en donde se pueda colocar algo.

Marcos, que me confesó que utiliza el nombre y apellido en inglés para internacionalizar su propio trabajo, está muy orgulloso de su pequeña colección (pequeña para él, que a mí me parecen muchas cosas). Sobre todo, de algunas obras de las que dice que son únicas y que poseen un gran valor artístico.

Hay algunas piezas que me parecen bonitas, pero muchas no las entiendo, no encuentro mucho sentido a lo que muestran y así se lo hago saber. A pesar de mi torpeza con el arte, se muestra entusiasmado y feliz y me confiesa que en ese aspecto reside precisamente el arte, en sentir emociones, distintas para cada obra, con lo que muestran, más allá de lo que el propio autor haya querido contar con ella o en ella.

—¿Sientes algo especial al ver este cuadro? ¿O esta foto? —me interroga con gotitas de saliva brillándole en su denso y oscuro bigote. Se le nota mucha pasión cuando me cuenta lo que me cuenta y, sin duda, es un tipo que vive plenamente el arte o, al menos, las obras de arte que posee.

Él mismo, me comenta, trabaja como fotógrafo y es por ello por lo que ha adoptado su nombre en inglés. Aunque, dice, pese a que su interés sea la creación artística, lo que le da de comer son, aparte de algún trabajito como reportero, las aburridas bodas y comuniones.

—También en algunos entierros he trabajado —comenta—. Hay gente que quiere inmortalizar hasta la muerte.

Sin poder disimular la emoción, me ha enseñado su propia obra, las fotografías que el realiza en su faceta más creativa, centradas, sobre todo, en el cuerpo humano desnudo.

La verdad es que son fotos muy hermosas, aunque le repito que no entiendo mucho de arte.

Me ha propuesto posar para él... bueno, para su colección de arte. Me da bastante vergüenza aunque no creo ser pacato con el desnudo. Jamás me habría planteado posar para nadie, pero puede que sea divertido convertirse en obra de arte... Lo que sea que quiera decir eso.



Carlos

Cualquiera podría decir que su nombre es de lo más común, Carlos Sánchez, tan común como él mismo. Es un hombre de lo más corriente, con un trabajo corriente, que vive en una casa corriente y lleva una vida absolutamente corriente, casado con una mujer... quizás no tan corriente.

Como le sucede a la mayoría de la gente, Carlos no destaca en nada especial; tampoco puede decirse que esté por debajo de la mayoría en cuanto a aptitudes, modo de vida o relaciones sociales. Como la mayor parte de la gente, Carlos es especial para sus allegados, para aquellos que le quieren o aprecian, aunque no tenga nada particular que le haga señalarse en la sociedad, ya sea en sentido positivo o negativo.

También, en esta sociedad en la que nos ha tocado vivir, Carlos, como la mayoría de la gente sin excesivos problemas, parece una persona feliz, moderadamente satisfecho con su vida, asumiendo su espacio, su sitio o su papel en la sociedad con absoluta naturalidad. Puede que oculte públicamente, como seguro que lo hace la mayoría de la gente, sus frustraciones, que las tendrá, o sus dificultades económicas, altercados domésticos o éxitos personales, que, sin duda, también sufrirá o disfrutará.

Cada mañana, como tanta y tanta gente hace todos los días, Carlos sale de su casa con la tarea de dedicarle casi todo su tiempo al trabajo. No obstante, Carlos suele tener un gesto que parece de felicidad, de relajación, quizás de complacencia con su modo de vivir. No sé si recuerdo haberle visto alguna vez que no estuviera sonriendo y siempre suele saludar a quien quiera que se cruce con él con palabras cordiales, positivas y amables. Trajeado, por supuesto, con corrección y cierto aspecto entre formal y carca, se dirige cada mañana a la sucursal del banco del barrio en la que trabaja desde hace muchos años; puede que, incluso, nunca haya trabajado en otro lugar. Su trabajo es meramente administrativo y no parece esencial de ninguna manera para el crecimiento o prestigio de los directivos de esa oficina, pero, a la vez, su falta de protagonismo en nada le ha permitido hacer una carrera profesional, seguro que monótona y aburrida, en el mundo de la banca, y, del mismo modo que un buen archivador, siempre tendrá su lugar en ese espacio de trabajo hasta el día de su jubilación, pese. A que podría ser fácilmente sustituible.

No obstante, suele afirmar, siempre con su espléndida sonrisa en los labios, que se siente una persona muy afortunada por tener un trabajo tan estable "en estos tiempos que corren" y una vida razonablemente equilibrada para "lo difícil que lo tiene mucha otra gente". Una de las cosas que más destaca es que no necesita utilizar el coche ni el transporte público para llegar a su trabajo, ya que la sucursal se encuentra en la manzana que hay junto al parque del altillo, a poco más de 500 metros de su casa. Es algo impagable y envidiable por muchos, ya que "voy y vengo todos los días con tranquilidad, sin estrés y dando un agradable paseo por el parque", afirma.

Aun así, Carlos sí tiene coche, aunque solo suele usarlo de manera esporádica para viajar algún fin de semana con su mujer a descubrir algún lugar bonito que rompa la rutina de todos los días.

—Lo de la rutina me refiero al trabajo, no a mi mujer —se corrige sonriendo, feliz por haber soltado una broma con un guiño de picardía.

Para Carlos, esas escapadas son suficientes para "dar brillo", así lo expresa, a su vida. Un brillo que se refleja en su pequeña cara redondeada, de

piel brillante y tersa y peinado pulcro con raya bien definida a la izquierda.

Con todo esto, o, mejor, pese a todo esto, Carlos confiesa tener un sueño íntimo.

—Una tontería con la que sueño desde que soy niño —afirma con deliberada intención alzando su mirada hacia arriba. Con tono privado, íntimo, incluso secreto, comenta que se trata de algo que no suele confesar a nadie, “y menos a la gente del vecindario, por el qué dirán”.

Eso no es del todo cierto. He tenido ocasiones de escucharle hablando con otros vecinos y, a la menor ocasión, lo suelta, incluso si no tiene ninguna relación con lo que se esté hablando.

Siempre fue aficionado a cualquier tema que se relacione con el espacio, con los planetas, las estrellas, los cometas, el *Big Bang*, los trayectos interestelares o a través del tiempo. Su mayor sueño, no cumplido, claro está, habría sido ser astronauta y poder viajar al espacio, “al profundo cielo que está sobre nuestras cabezas”, afirma con un gesto en el que su sonrisa se ha transformado en cierta melancolía, dándole un evidente aspecto bobalicón.

Sin embargo, cuando comenta su afición, su personalidad parece crecer y su expresión es la de alguien que se siente importante, que se siente especial.

Yo le imagino con la mente vagando por los espacios siderales mientras comprueba listados de números en el banco. En ese instante tan soñador, le veo muy lejos de todos nosotros en el tiempo y el espacio, totalmente ausente de su trabajo, del día a día de la ciudad e, incluso, de la infidelidad de su mujer (que todos sabemos y parece que él es el único en desconocer).



Sandrita

A veces tengo la sensación de que hay gente que ha nacido con un don. Unos son especialmente habilidosos con la música; otros con el arte; los hay que lo son con los números, y también los que están particularmente dotados para el deporte. Sandrita también tiene un don: el de la elegancia, el saber estar, cualquiera que sea el lugar o el contexto donde se encuentre, una capacidad y disposición para moverse como casi nadie sabe hacerlo y destacar por ello. Muchos piensan, al girar la cabeza para verla pasar, que podría dedicarse al mundo de la moda o como modelo de fotografía. Su cuerpo es canónicamente perfecto y su gusto al vestir y al maquillarse es exquisito, redundando todo ello en una belleza deslumbrante.

Nunca he visto a Sandrita salir de su casa sin estar perfectamente arreglada y, sospecho, sin ser ajena a todo lo que sus movimientos, gestos y ademanes pueden lograr para mostrar la mejor faceta de sí misma. Incluso le he visto usar un monóculo para dar, según sus propias palabras, un toque de insólito e inusual estilo a su imagen.

Por cierto, no lo he citado, Sandrita es la esposa de Carlos, el empleado de banca con sueños de astronauta. El contraste entre ambos es más que evidente y resalta la apariencia de los dos, sobre todo la de

Sandrita. Sin ser un tipo feo, Carlos es lo que consideraríamos un hombre corriente —si exceptuamos sus devaneos con el espacio interestelar—, un individuo que no destacaría en cualquier grupo numeroso de personas casi por ninguna de sus características visuales. Muy al contrario que su mujer que, allá donde esté, atrae las miradas de cualquiera, sea del género que sea, como si de una diosa se tratase. Y Carlos sabe bien esto. En contra de sentirse apocado o invisible para los demás junto a semejante mujer, se muestra ufano, orgulloso y presumido de ser la pareja de Sandrita, de ser quien duerme con una persona deseada por todos... puede que también por todas.

Cuando Carlos regresa de la oficina bancaria cada tarde, acostumbran a salir juntos a dar un largo paseo, casi siempre el mismo paseo, ella arregladísima y él, agarrado de su brazo o de su mano, muy formal y con un gesto de felicidad envidiable, real, una satisfacción que vista al pasar pareciera que acapara todas las facetas de su existencia.

El semblante de Sandrita, sin embargo, sin dejar de mostrar esa elevada belleza y elegancia que le surge de manera natural, tiene un deje de superioridad estética, de altivez, como si caminara un par de centímetros sobre la superficie del suelo, levitando en su magnificencia... aunque sin que parezca ofensivo para nadie en ningún momento.

El aspecto de la pareja es curioso. Él siempre con una sonrisa y una amabilidad casi empalagosa como tarjeta. Ella, bastante más alta aun sin calzar tacones, con una elegancia suprema y una belleza seductora y casi mágica. Juntos parecen un matrimonio de conveniencia, pero tengo la certeza de que se quieren sin condiciones y se sienten felices en su convivencia.

Lo que no sabe Carlos es que durante el tiempo diario en el que está trabajando en la oficina, mezclando números y balances con oníricos viajes siderales y planetas, su mujer tiene encuentros con otros hombres a cambio de fuertes sumas de dinero. Sandrita me ha confesado que adora a su marido y que haría lo que fuera porque nada cambie en su felicidad conyugal.

Los encuentros, afirma, los tiene para incrementar dos tipos de enriquecimiento. Uno, pecuniario, con el que sustenta sus caros vestidos, sus

tratamientos de belleza, las excelentes comidas que contrata a un servicio de catering de lujo y un monto de ahorro (que Carlos bien podría asesorar con su experiencia) para pasar la madurez y la vejez con su marido sin excesivas complicaciones.

La otra riqueza generada que atesora en las diferentes experiencias sexuales de sus muy variados encuentros redunda en beneficio de su propio idilio con el marido, que disfruta de todos los aprendizajes eróticos, de todas las habilidades practicadas y de todos los ensayos sexuales de dichos encuentros furtivos. Carlitos que, según ella, vive feliz, no se enterará nunca de sus escarceos puteros porque su cabeza está siempre viajando por el vacío sideral entre las estrellas.



Marcelo

Supe de Marcelo casi por casualidad... O de Márצל, como parece que le llaman, acentuándolo en la primera sílaba.

El Bar Ullo, que está situado a pocos metros de nuestra finca, casi enfrente de ella, disfruta del agrado de muchos parroquianos y tiene un público muy fiel que acude casi todos los días, muy del estilo de las cantinas de pueblo donde se reúnen las gentes para compartir, regañar, contar los acontecimientos o simplemente acompañarse, aunque su decoración sea bastante más sofisticada.

Hace unos días me encontraba tomando una tónica en su agradable terraza, a la sombra de unos enormes castaños de gran copa y soberbios troncos, cuando, en la mesa de al lado se sentó un grupo de chicharrones fuertes, sucios y sudados, con todo el aspecto de llegar recién terminada su jornada laboral para tomar algo antes de retirarse cada uno a sus respectivas viviendas. No me quedó claro si era una reunión casual o si se trataba de algo habitual con lo que relajarse tras el trabajo y darle algo de sentido privado a unas vidas que, como sucede tantas veces, está ocupada demasiado tiempo con asuntos laborales.

Y, como sucede en casi todas las reuniones de compañeros de trabajo, los hombres, que hablaban como si estuvieran solos en el bar, con un

volumen altísimo, hacían piña en la defensa de sus derechos y por la mejora de sus condiciones laborales y criticaban, como también suele suceder en dichos encuentros, lo que consideraban explotación por parte de sus patronos.

Entre ese grupo de personas, que ingerían cervezas una tras otra con avidez y gran velocidad, se encontraba mi vecino Márcel y, por sus palabras y la atropellada conversación con sus compañeros, pude colegir fácilmente que se trataba de matarifes, o despiezadores, o como quiera que se llame ese puesto de trabajo de los empleados de un matadero.

Por su aspecto y por sus palabras no parecía que se tratara de ejecutivos, oficinistas, comerciales o técnicos. A todas luces parecían los encargados de aturdir, sacrificar y despiezar a las reses, cerdos, vacas, gallinas o lo que tuvieran que preparar para ser enviado al consumo de los ciudadanos. Así parecían atestiguarlo las ropas de faena que aún vestían y que estaban manchadas de lo que a mí me pareció sangre seca. Puede que sea mi imaginación porque no tengo ninguna idea de cómo se trabaja en un matadero y me cuesta entender cómo en estos tiempos con reglamentaciones para todo lo que hacemos pueden salir los trabajadores de semejante negocio sin haberse aseado antes. Si tengo oportunidad de hablar con él, le pediré a Márcel que me explique las características de su trabajo.

El camarero trataba al grupo con la familiaridad de quienes se encuentran todos los días. Por cierto, este camarero es también vecino nuestro y hablaré de él más adelante, que también tiene lo suyo.

Casi sin necesidad de peticiones ni de mediar palabra, el camarero se acercaba cada cierto tiempo a la mesa del grupo de matarifes con una nueva remesa de cervezas, momento en el que todos soltaban bromas hacia el que les servía, algunas de ellas de dudoso gusto, aunque con el cariño evidente que aporta el trato diario.

Yo ralenticé la ingesta de mi tónica para escuchar más de lo que hablaba esta reunión de sacrificadores, que subía el volumen de su conversación contrapunteada a medida que aumentaba el número de cervezas ingeridas, derivando además la temática laboral de su conversación

hacia argumentos más relacionados con el ocio, o casi diría, hacia la bebida, las mujeres, los coches y el fútbol.

Cuando llevaban cuatro rondas, decidieron tomar unas raciones para completar las tapas ofrecidas por el bar y meter algo sólido con la quinta cerveza. Fue entonces cuando descubrí algo que me resultó, cuanto menos, incongruente, si no paradójico.

Márcel, mi vecino matarife que bebía junto a sus compañeros de trabajo en la terraza del Bar Ullo, un trabajador dedicado al sacrificio de animales para consumo humano, se declaraba vegetariano, con la burla, seguramente habitual y repetida centenares de veces, de sus colegas.



Serafín

A Serafín he llegado a conocerle bastante bien, o al menos eso creo, que nunca se sabe. Es el camarero del Bar Ullo, a donde voy bastante a menudo a tomar algo y, en ocasiones, dejo que el tiempo discurra sin prisas charlando con él.

En nuestras siempre entrecortadas conversaciones (a causa de su obligación profesional para con su clientela) Serafín se declara homosexual y republicano pese a que yo no recuerde haber sacado a colación nunca ningún tema relacionado con la orientación sexual o con el sistema de organización política del país.

Con un desparpajo nada disimulado, Serafín habla y habla, pasando de un tema a otro sin ligazón aparente y, aunque tiene una tendencia muy notoria al histrionismo afeminado, su hablar es sosegado y educado, utilizando, con bastante gracia, un lenguaje culto, quizás algo anticuado en sus expresiones más recurrentes. He notado que escoge muy bien sus palabras y las pronuncia con fluidez y seguridad, aunque algunas de ellas están en desuso y suenan a discursos de otros tiempos que hoy día escuchamos con un gesto de extrañeza y a veces tildamos de pedantes. En su trabajo es realmente eficaz, pulcro hasta extremos quizás exagerados y con un comportamiento tan amable que a algunos podría pare-

cerle servil si no fuera porque es evidente que lo hace de forma natural y nada forzada.

Por Serafín me he enterado de muchas cosas de nuestro vecindario. Es muy cotilla. No se puede negar que su punto débil (o no) es el cotilleo y aparenta estar enterado de todo lo que sucede en los edificios cercanos al bar y, por tanto, de todo lo que ocurre en nuestra comunidad. Él vive en el cuarto exterior izquierda y confiesa que conoce pormenores de todos los que viven en él a excepción de un tipo que parece que nunca sale de su casa y, me confiesa con un guiño de complicidad y picardía, de mí. No obstante, asegura que también yo, como toda la gente que visita su cafetería, pasaré a engrosar la particular biografía colectiva de los usuarios de su establecimiento.

Yo, que no me callo y le demuestro todo mi interés por todo cuanto me revela, escucho sus cuchicheos con mucha atención, las anécdotas, las pequeñas miserias, los traumas y las aficiones y deseos de una parroquia muy variopinta, aunque, me advierte, algunas de ellas podrían sonrojar al más vivido y prefiere callarlas por pudor y respeto. Sin duda, hace gala de los estereotipos del barman en todos sus aspectos: ver, oír y callar (aunque muchas cosas no las calle *sottovoce*, no sé si solo para mí o también para alguna otra gente).

Esto último, he de remarcarlo, es matizable, ya que, salvo que yo pregunte por alguien en particular, sus confidencias tratan de mantener el anonimato de quienes las protagonizan.

En cualquier caso, lo que más me llama la atención de Serafín es la conjunción que tiene él mismo, su propia persona, con el bar en el que trabaja. Parece haber hecho cuerpo con el espacio y que la conexión entre los modales, el aspecto y el hablar de Serafín con la decoración del Bar Ullo es absoluta. No lo había dicho, pero es importante conocer el aspecto interior de la cafetería para saber a qué me refiero: es sobria, elegante y exquisita, quizás más de lo que esperarías encontrar en un barrio tan popular y modesto como este. Parece la decoración de algún local sacado de alguna película de cine negro de los años cincuenta, con música de jazz sonando por los altavoces y con ambientes muy íntimos para poder tomar algún cóctel sofisticado con gentes estilosas y guapas,

algo que no solo no abunda mucho por aquí, sino que es difícil de encontrar en casi cualquier lugar de la ciudad.

Es justamente cuando le comento sobre el evidente cuidado con el que ha decorado el bar cuando me confiesa que su sueño habría sido vivir en la época y lugar que pretende imitar el local, en un mundo en blanco y negro, como aquellas películas, mediocres muchas de ellas, con gánsteres y mujeres fatales, músicos de jazz y frases chispeantes... Y así dar sentido a una anomalía de su visión que padece desde que nació y que no le permite ver los colores y solo le muestra un mundo en blanco y negro.



Álvaro

Es estudiante de Teología, en el último curso de la carrera. Álvaro, que así se llama el vecino del quinto exterior izquierda, parece que es un prodigio en los estudios y, por lo que me cuentan de él, casi en cualquier cosa que se proponga. Cuando le ves no tienes la sensación de estar ante alguien al que muchos tildan de genio en ciernes. Su aspecto es meridianamente contrario a la imagen que podemos tener preconcebida del estudioso, del erudito, del empollón o del ratón de biblioteca. La imagen de Álvaro está más en consonancia con la de esos jóvenes atolondrados que solo demuestran interés por la diversión y asumen que su futuro es tan incierto que no merece la pena esforzarse por él. Y, a pesar de ello, Álvaro es agradable en el trato y muy espontáneo en sus expresiones y, si algo puede reprochársele es que carece de filtros sociales, como si los convencionalismos no fueran con él. Es habitual oírle soltar burradas bastante considerables que a muchos les demudan el gesto.

A pesar de sus éxitos en los estudios, Álvaro tiene fama de ser un reconocido consumidor de todos los excesos de la noche, estupefacientes varios incluidos, sobre todo de esos que denominan drogas de diseño, GHB, ketamina y otras. Parece como si su vida fuera un tobo-

gán de sensaciones y experiencias intensas en la que no cabe un momento de reposo.

Me resulta difícil entender cómo gestiona tanta información tan sesuda, reflexiva y, a veces, críptica que aprehende en sus estudios con la que le provoca el desfase sensitivo, emocional y cognitivo que seguro le producen las drogas que consume. Quizás se trate de dos modos de vida complementarios o compensatorios que, en una persona tan lúcida como Álvaro, podrían convertirse en el detonante de una personalidad explosiva y creativa que llegue a conclusiones intelectuales novedosas o rupturistas. Quizás no ocurra nada de eso y esa intensidad de vivencias le provoquen un colapso mental. No sé, son solo inferencias mías en el futuro tan imprevisible de un joven brillante (al menos, como el de cualquier otra persona) al que no le cabe distinguir entre una vida de esas que denominamos serias y otra llena de excesos que agita y disfruta con furia y sin freno. Dos vidas que en él se convierten en una amalgama que parece confundir a todos, incluso hasta en la imagen que proyecta al exterior.

Y es que, cada vez que me cruzo con Álvaro tengo la sensación de encontrarme con una persona diferente. No lo digo por sus palabras o por su atuendo (no es de los que se comportan de manera diferente según sea el contexto. Él es siempre excesivo). No, no se trata de eso, sino de sus rasgos, como si su rostro, su apostura, sus gestos cambiaran constantemente hasta el punto de ver ante mí a un personaje desdibujado, algo así como un apunte que constantemente está dibujando trazos, transformándose, corrigiéndose, borrándose y volviéndose a dibujar. Yo quiero verlo como el esbozo de una obra de arte, como el proyecto de algo hermoso que está creándose... y que puede que nunca llegue a concluirse.

No me refiero a que, como nos pasa a la mayoría de las personas, nos vistamos, hablemos y nos comportemos de manera exclusiva según sea el distinto contexto social, asumiendo diferentes papeles y aspectos para cada momento de nuestras vidas. En Álvaro, como he dicho, esto no es así. Su comportamiento no contextualiza ni los espacios donde se halla ni las gentes con las que trata. Da la sensación de que es la con-

junción de sus estudios teológicos con el consumo de drogas de diseño lo que dibuja, redibuja y vuelve a dibujar su imagen, lo que hace que su forma de ser, de estar y de parecer sea siempre indeterminada.

Parece que no tiene problemas con el dinero porque son sus padres los que sostienen económicamente ese extraño tren de vida, que parece ocupar diariamente más horas de las que tiene un día.

Tampoco creo que su familia vaya a poner pegos a nada de lo que hace, dice o muestra Álvaro porque sus calificaciones extraordinarias, sobresalientes y muy alabadas en sus estudios están siempre por delante de cualquier otra consideración.

No sé cómo acabará con ese ritmo de vida compulsivo. Puede que con una confusión en su personalidad. Quizás se convierta en un ser asocial. Es posible que su personalidad sufra trastornos de multiplicidad...

Yo creo que se convertirá en un genio que hará historia.



El anacoreta inclusivo

En el quinto exterior izquierda vive uno de los personajes que más me intriga de esta comunidad de vecinos. De él no sé prácticamente nada, ni yo, ni Serafín, el curioso barman curioso del Bar Ullo, ni nadie del edificio, según creo. Quizás sepa algo la vecina cotilla del tercero cuarta, Margarita, que lleva aquí tanto tiempo viviendo que se diría que es más antigua que el mismo edificio que la alberga.

No tengo claro ni su nombre ni casi nada de él (o de ella). Solo pude verlo en una ocasión. Utilizo el neutro para referirlo porque no me quedó claro de si se trata de un hombre o de una mujer. Bajando por la escalera un día coincidí al pasar por su descansillo cuando abrió la puerta para recibir la mercancía de un repartidor de comida. A través del hueco de la puerta semiabierta (o casi cerrada) pude ver a una persona muy enjuta, baja y casi desdibujada por la escasa luz que incidía sobre él (o ella). Saludé con poca convicción de que me oyera y continué el descenso peldaño a peldaño. Por supuesto, no recibí respuesta a mi saludo del inquilino del piso. No tengo claro si el repartidor dijo algo aunque no tardó en adelantarme en la bajada de la escalera cuando se iba a continuar con sus repartos y, entonces sí, soltó un saludo (sorprendentemente cordial).

A quien vive en ese piso, sea quien sea, lo denomino El anacoreta inclusivo, por ese detalle de no saber de qué sexo es, algo que ni el camareero del Bar Ullo ni la cotilla de la finca me han aclarado. Por esta última sé de algunos detalles que no tengo la certeza de que sean reales o surjan de la invención de Margarita, muy dada a exagerar demasiado sus sesgadas y desconfiadas opiniones de los demás (¿qué dirá de mí?); está claro que Margarita no es la fuente de información más fiable que pueda encontrarse.

En cualquier caso, por ella sé que ese/a propietario/a llegó al edificio al poco de que este fuera construido, solo un par de meses después de que Margarita y su ya fallecido marido ocuparan su casa, la primera que se habitó. Han pasado muchos años de eso y la vecina cotilla cuenta que no puede recordar bien el aspecto de esa persona nueva pese a que, al ser un edificio recién estrenado, ella y su marido estaban deseosos de tener vecinos con los que compartir ese nuevo proyecto de vida que en aquel entonces estaban iniciando.

A ella, "¡qué joven era!", apunta, le pareció un personaje raro, como "amanerado", pero no le quedó claro si era un hombre "florete" o una mujer "marimacho". Me dice Margarita que ahora esas cosas no se miran mucho pero que, en aquellos tiempos, esas personas tan "pintorescas" eran examinadas con lupa y bastante criticadas "por todos" (extendiendo, con ese todos, su insatisfacción con la humanidad al resto del mundo).

Sin embargo, parece que no le dio mucho tiempo de criticar nada porque poco tardó el recién llegado en reformar su casa, "¡recién construida!", apunta Margarita, para adecuarla a su gusto. Nadie, ni el presidente de la Comunidad (a la sazón, el marido de Margarita), entró nunca a ver el resultado de la reforma y solo los operarios que la hicieron pudieron ver algo del interior, aunque tan solo el espacio que cada uno reformaba, pues las demás estancias se cerraban cuando alguno trabajaba en una de ellas.

Nadie, al fin, ha podido ver cómo quedó el piso y se dice que lo ha construido para no necesitar salir nunca de él, ya que desde entonces nunca se ha visto al Anacoreta inclusivo fuera de su casa (ni dentro).

Parece que pide todo lo que necesita por internet (antes, por teléfono) y se lo hace llevar a su inexpugnable morada.

Por curiosidad, he mirado en su buzón y en él hay primorosamente escritos los nombres de cinco personas, dos apelativos claramente masculinos, otros dos sin duda femeninos y otro más que podría decirse ambisexual.



Ismael

Desde que vivo en este edificio no he dejado de escuchar un constante repiqueteo en el patio de luces, amortiguado con clima frío y más intenso cuando hace calor y están abiertas las ventanas. Se trata del ruido producido por el teclado con el que Ismael escribe casi desde que tiene uso de razón. Antes lo hizo a mano y después con máquina de escribir. Ahora usa el ordenador para seguir escribiendo la obra que inició cuando tan solo tenía siete años. Según él, la gran novela de la humanidad, un texto infinito en el que, partiendo de los sucesos acaecidos en su propia vida, pretende contar y explicar el comportamiento de todos los seres humanos a lo largo de la historia, pasada y venidera.

Tan ingente y petulante actividad literaria la inició cuando, observando los cuadros de una exposición de pintura impresionista, se dio cuenta de que las partículas de pintura, que en sí mismas nada significaban, en conjunto creaban una imagen legible de la realidad. Fue entonces cuando pensó que, si escribía los sucesos, todos los sucesos de su existencia, que uno a uno tan solo serían anécdotas, reunidos todos ellos explicarían los modos, las costumbres, los comportamientos, los deseos, las frustraciones e, incluso, los pensamientos de la totalidad del género humano.

Cuando era pequeño y vivía con sus padres anotaba sus reflexiones en cuadernitos escolares, que aún conserva, hasta que pronto empezó a escribir a máquina, llenando folios y más folios, numerándolos todos ellos y archivándolos, al principio por semanas y, poco a poco, a medida que sus análisis fueron ampliándose, reuniéndolos por días e, incluso, por horas.

Sin muchas complicaciones económicas en la familia, no tardó en independizarse y llegó a nuestro edificio con su ya abultado conjunto de escritos, un ordenador y muchas resmas de folios para seguir la incommensurable tarea que se propuso siendo niño y que, noche tras noche, no ha dejado de llevar a cabo con una más que encomiable voluntad teórica.

Su teclado no ha cesado de sonar en la madrugada produciendo ríos y ríos caudalosos de palabras tras palabras, todas ellas sobre su vida, sobre su existencia, en un remedo de la realidad más absoluta. El sonido de su teclear es tan habitual que se ha convertido en uno más del entorno familiar para todos los vecinos y no he escuchado nunca a nadie protestar por ello. Es más, creo que si dejaran de sonar esas teclas que Ismael aporrea con la misma fuerza que se necesitaba para pulsar las duras máquinas de escribir antiguas, nosotros, los vecinos, echaríamos algo en falta, nos preocuparíamos y hasta nos sentiríamos despojados de algo nuestro.

En contra de lo que pudiera parecer, Ismael no es huraño ni esquivo, no es sombrío ni tiene ninguna de esas características llenas de tics que podríamos asociar con un estereotipado personaje aquejado de un trastorno obsesivo compulsivo. Su comportamiento es tan normal como el del más común de los mortales (si es que la normalidad puede definirse de alguna manera). Solo llama la atención la pequeña libreta negra que siempre lleva para tomar notas caligráficas que, más tarde, a partir de la medianoche, reinterpreta, desarrolla y completa en su extensa narración literaria.

En eso incide Ismael, que no hace nada por ocultar su pasión (¿o pulsión?) escritora. Afirma que no se limita a transcribir de manera fría los hechos acaecidos, sino que los adorna con lo que denominamos litera-

tura, con florituras lingüísticas, con tramas argumentales, con personajes que van poco a poco dibujándose y mostrando su personalidad, todo ello con la intención de crear belleza y que se pueda disfrutar de una narración llena de arte... si es que algún día llegara alguien a leer tan magna obra, que él define sin complejos como la novela más grande jamás escrita.

He podido leer algunos fragmentos de sus textos cuando me ha invitado a su casa a conocerlos y a tomar algo. Insisto en que es un hombre absolutamente sociable y de no ser por su peculiar actividad nadie diría que no es un vecino común y corriente (también insisto en que no creo que haya gente corriente, lo digo solo para que me entiendan).

Mi sorpresa ha sido mayúscula al descubrir la gran calidad literaria de su obra. Cogiendo unas páginas por aquí y algunas otras por allá me he dado cuenta de que es una magnífica obra, y me he sentido atrapado por su dicción y con ganas de seguir leyendo esos textos tan cargados de realidad y, también, de emociones.

Cuando le he expresado mi admiración en el aspecto literario y mi curiosidad por si todo cuanto está escrito responde a sucesos reales, me ha sorprendido una vez más.

Ismael me ha confesado que a veces le cuesta distinguir la vida real de la que transcribe como libro eterno. Hasta el punto de que ha llegado a modificar su comportamiento vital para adecuarlo a un buen desarrollo de la narración escrita. O, dicho de otra manera, Ismael llega a cambiar su vida por exigencias del guion.



Laura

Justo encima de donde vive Álvaro, el joven estudiante con una estrambótica vida disociada entre la teología y las drogas, reside Laura, también muy joven y, también, con muchas papeletas para desarrollar personalidad múltiple.

Sin saber muy bien por qué, las infundadas opiniones de los vecinos acerca de esta muchacha de aspecto chocante y ambiguo se han multiplicado hasta el punto de que casi cada opinante cuenta de ella una versión distinta de su vida. Supongo que según sea la mirada de cada uno hacia la sociedad, aderezada según sean su cultura, sus miedos o sus deseos, la imagen de Laura se ve transformada y manipulada para hacer de ella, en sus particulares entendimientos, tantas personalidades diferentes como suposiciones haya de ella. Sería curioso investigar cómo llega la gente a sacar determinadas conclusiones de las que no tiene ninguna certeza previa o los motivos que les llevan a calificar, cuestionar o redibujar a una persona con características nunca contrastadas con la realidad... ni mucho menos con la persona por ellos señalada.

Hay quien dice que Laura es una famosa neumóloga de fama mundial con una reputación solvente y publicaciones en las más prestigiosas revistas científicas. Para completar esta personalidad, añaden que su campo de estu-

dio está dirigido al efecto que produce la contaminación atmosférica en la determinación sexual de los embriones, humanos incluidos. Cómo habrán llegado a crear este personaje de la nada es un absoluto misterio para mí. Como lo es el que dice de ella que se trata de una atleta de alto rendimiento que hasta compite en olimpiadas. No sé, me confunden estas identidades. Quizás venga motivada por las largas uñas que luce, su cuidado e inusual corte de pelo y su llamativo maquillaje, tal y como de vez en cuando se ve en algunas corredoras jamaicanas o estadounidenses en las competiciones de atletismo. Demasiado rebuscado. El frágil aspecto de Laura, tan delgada y poco musculada apunta claramente a que no se dedica a la alta competición deportiva, puede que incluso ni siquiera practique ningún deporte.

Otra desopilante opinión que he oído sobre ella es que se dedica a las altas finanzas, que es algo así como una bróker despiadada y agresiva que juega a la Bolsa y maneja ingentes cantidades de dinero, una desalmada mujer a quien le importa muy poco arruinar a cualquiera e incluso despojar de sus pocos bienes a los más humildes.

Hay una de esas múltiples personalidades adscritas a la pobre Laura que tiene posibilidades de acercarse a la realidad. Se dice de ella que trabaja en la noche, algo que así dicho por alguna gente suena con una intención claramente ofensiva. Sí podría ser camarera de algún local de ocio nocturno, sirviendo copas tras la barra, ya que su imagen no contrastaría demasiado con algunos ambientes noctámbulos. Lo de que trabaja en la barra de un prostíbulo ya es ir demasiado lejos y en ese dato se nota la maledicencia de quien lo dice.

No obstante, no creo que dedique sus horas nocturnas al negocio hostelero porque siempre la he visto llevar una vida diurna, yendo al mercado a primera hora de la mañana, tendiendo ropa como cualquier otro vecino, vamos, en suma, realizando actividades difícilmente compatibles con alguien que ocupa las noches para trabajar... Aunque con gente tan joven nunca se sabe. Si no, solo hace falta recordar a su vecino de abajo, Álvaro, que parece no dormir nunca.

Yo, sin atreverme a aventurar cuál puede ser la dedicación de Laura, de lo que no tengo ni idea, sí tengo la extraña sensación de que haría bue-

nas migas con el vecino punki del primero cuarta, habida cuenta de las miradas que le dedica Laura cada vez que se cruzan en la escalera o en el portal. Lo malo es que la confusión temporal de Georges le inhabilita para hacer planes con nadie o para encontrarse, de no ser por casualidad, y formalizar una relación que dure algo más que un eventual encuentro.

El caso es que, incluyéndome, nadie parece saber nada de Laura (hay confusión hasta con su nombre), una chica singular por su aspecto pero que, probablemente, lleve una vida tan corriente como la de cualquiera, más allá de disparatadas divagaciones sobre ella.

No sé si Laura sabe de las distintas actividades que le ha asignado el vecindario. Quizás, de conocerlas, fomenta la confusión para divertirse. Aunque puede que se conviertan en el detonante de una personalidad múltiple y disgregada.



Nora

Si tuviera que elegir a alguien que destaque por una actitud solidaria, mi voto, sin ninguna duda, sería para Nora, una mujer muy joven y absolutamente concienciada, yo diría que abrumada, con la idea de que *los otros* pueden estar en problemas.

Así, entrecomillando *los otros*, subrayando su cursiva, es como ha querido expresarlo ella misma para referirse, ya sean de un sexo u otro, remarca, de una raza u otra, religiosos o no, a quienes carecen de las herramientas, o simplemente las desconocen, para salir airoso de cuantas dificultades le pueda poner la vida por delante.

Llama la atención su aspecto, delgada y elegante, prácticamente plana, sin musculatura ni pecho, no muy alta y con una hermosura sencilla y frágil enmarcada en una exuberante melena *afro*. Una imagen realmente llamativa, sin alaracas ni artificios, de la que rápidamente te olvidas una vez hablas con ella. Destaca de inmediato –algo normal, por su edad– su juventud repleta de una energía desbordante con la que impregna todo lo que hace, cómo se mueve y, sobre todo, la manera en que asienta lo que propone, siempre con una seguridad convencida en sus planteamientos, para buscar los problemas, analizarlos y, con gran iniciativa creativa, tratar de solucionarlos.

Así se comporta en su vida cotidiana, a pesar de la escasa respuesta que obtiene. "Es lo normal. La gente va a lo suyo", comenta. Sin embargo, no cae en el desaliento y Nora insiste e insiste con tesón en lo que parece ser el sentido de su vida. Me comenta que, aunque tan solo fuera uno, si solo pudiera lograr el éxito solucionando o ayudando a solucionar los problemas de una sola persona, su labor habría merecido la pena y sería, además, un aliciente añadido para acentuar sus esfuerzos y contribuir a que llegue un día en que se haga realidad un sueño, un deseo, casi una utopía: vivir en una sociedad equitativa.

Desde hace unos meses, Nora está trabajando, o, más bien, experimentando consigo misma, para buscar y catalogar las dificultades que encuentran las personas con discapacidad motriz en un entorno tan despiadado e indiferente como el de las grandes ciudades, como esta en la que vivimos.

Para ello, se ha metido en el papel del posible damnificado y todas sus actividades las realiza sentada en una modesta silla de ruedas, tan modesta que, dado que carece de financiación, se apaña, en su casa, con una vieja silla de oficina de tres ruedas y un patinete al que le ha añadido un asiento para cualquier actividad que realice fuera de su vivienda. «Las dificultades son casi infinitas», me comenta, desde obstáculos que no deberían serlo, como cubos de basura no recogidos, carteles de negocios, mesas de bares, andamios de obras, cacas de mascotas... hasta el inevitable estrés provocado por un ritmo demasiado rápido, excesivamente despersonalizado y al que siempre le falta tiempo.

Lo más llamativo es que, pese a llevar colgado del cuello un aviso (falso) de que es impedida, mucha gente, más de lo imaginado, se comporta de manera arisca, poco empática y hasta malhumorada por pensar, explica ella, o, mejor, por obligarles a pensar en que hay *otros* que sufren más que *ellos*. «Que no son sino los *otros* de otros *ellos*», concluye.



Hermann

Cuando me enteré de las actividades solidarias de Nora no podía creer que tuviera a Hermann como vecino de planta. Me parece casi como una broma de mal gusto o una travesura del azar.

Todo lo que tiene Nora de empática con *los otros* me despierta simpatía, incluso cierta ternura, por su entregada ingenuidad y su constancia para ayudar a quienes lo necesiten. Muy al contrario, Hermann me hace sentir recelo, desconfianza e, incluso, miedo.

El vecino de Nora es el creador y propagador de un púlpito online, que hace llamar con su propio nombre, Hermann, con dos enes al final, por lo que sospecho que su origen puede ser germánico, salvo que todo sea una impostura y, como me temo, también el nombre sea una absoluta mentira.

No se le nota ningún acento en particular en las apocalípticas soflamas que vomita desde su video-blog, ni con deje alemán ni tan siquiera con nada que pueda identificar con ninguna zona del país. Es absolutamente neutro. En donde no muestra ningún tipo de contención es en sus ideas, tan asociales que rayan con el fascismo, si no lo supera abiertamente, pronosticando una rápida decadencia de nuestra "civilización solidaria" (¡si le preguntara a su vecina Nora!) y el advenimien-

to de un nuevo mundo con una "sociedad más ordenada" y una "vida más salútfiera".

He podido ver su blog, más por curiosidad que por necesidad, quizás tan solo por completar mi visión de este personaje. Y he podido comprobar que Hermann se dirige a sus posibles seguidores con gran amabilidad y un desconcertante desparpajo, logrando que parezca un tipo simpático y agradable... si no atiendes a sus palabras. O si no fuera por el extraño aspecto con el que se presenta. Viste algo parecido a un uniforme o un hábito, es difícil diferenciarlo, pero consigue que, al menos a mí, me parezca siniestro y me provoque temor. Lleva alzacuellos como los curas y los labios pintados de negro, además del cráneo rasurado al completo. Su ancho cuello y el gran tamaño de su cuerpo enfundado en ese cuasi-uniforme me provoca escalofríos, al menos visto desde la cámara con la que transmite sus charlas, que hace que su figura en el medio plano llene la pantalla casi hasta desbordarla.

En la vida real, fuera de esas actuaciones que emite en su blog, nunca le he visto sonreír como hace en sus emisiones. Siempre que me he cruzado con él, he notado cómo mira, penetrantemente, ahondando en el interior de cada uno que observa; tengo la sensación de que trata de introducirse en tu cabeza con su afilada mirada, de la misma manera que un cuchillo penetra en la carne desnuda.

Es justo todo lo contrario a lo que se ve online, todo diversión, con charlas aparentemente amenas y un espacio virtual lleno de luz y de colores agradables y nada estridentes... ya digo, al margen de su uniforme y su maquillaje. Por eso temo que tras esa amable fachada se camufla una ideología muy perniciosa, dispuesta a lanzar dardos envenenados, sobre todo, a lanzarlos contra los más desfavorecidos.

Hermann aboga por un nuevo orden en el que unos elegidos –otra vez los elegidos– recibirán las bendiciones de unos seres extraterrestres y extra-inteligentes que llegarán a nuestro mundo por no sé bien qué decía de unos poderosos canales electromagnéticos... unos entes superiores de los que él es el primer emisario.

No aporta pruebas –lógicamente, no puede hacerlo– ni permite opiniones adversas en su blog –lo he intentado–, pero tiene miles de seguido-

res. Y eso da mucho miedo. Seguramente, en no mucho tiempo, desaparecerá de las pantallas virtuales y se retirará a alguna mansión que habrá pagado con el dinero que le saca a sus acólitos –tiene, claro está, una pestaña en su página web para hacer donaciones para la causa–. Hermann es un cantamañanas y un estafador... pero lo que más temo es que su estafa se le escape de las manos y no pueda controlarla. Sería terrible.



Teresa

En la octava planta hay tres puertas. Parece que hace tiempo dividieron una vivienda en dos y de ella sacaron dos pequeñas casas rozando lo estrictamente necesario para obtener la cédula de habitabilidad. Una de ellas, además, tan solo tiene un pequeño ventanuco en una pared que da a la calle y otra pared que da a la escalera con la parte superior acabada con ladrillos de cristal, lo que hace que, cuando se enciende la luz del descansillo, se ilumine el interior de la estancia.

Allí vive una mujer que tiene una extraña obsesión muy relacionada con el dormir y no creo que una pared iluminada sin que ella lo decida le ayude mucho en ese aspecto.

Teresa, que así se llama, repite una y otra vez que una noche, ahora hace casi seis años, tuvo un sueño en el que un personaje, que nunca supo identificar, le reveló algo casi ininteligible que ella identificó como la solución a todos los problemas del mundo entero, los presentes y los que puedan surgir en el futuro. Eso, ni más ni menos, es lo que lleva contando Teresa casi desde el mismo día en que despertó de ese sueño visionario, y añade que esa solución que le fue revelada era una de las cosas más sencillas y, por ello, nunca imaginada, que pudiera plantearse para aliviar de un plumazo cualquier tipo de conflicto, cualquier

sufrimiento y todo tipo de maldad con los que parece que queremos rodearnos los seres humanos desde el inicio de los tiempos. Una solución tan simple que estaría a disposición de cualquiera que prestase sus oídos y atención y estuviera dispuesto a ponerla en práctica, de fácil comprensión y mucho más sencilla ejecución para cualquiera, independientemente de la edad, la raza, la cultura e, incluso, el nivel educativo. Y, sigue contando Teresa, una propuesta tan clara y evidente que haría casi imposible que nadie pudiera oponerse a aplicarla tanto para sí mismo como para quienes pudieran rodearle.

Pero, cuando le preguntas a Teresa en qué consiste esa solución mágica, siempre responde lo mismo: no se acuerda. Algo, al despertar de ese sueño tan significativo, desvió su atención y le hizo olvidar la confianza que le regaló el onírico personaje. Un ruido inesperado, el recuerdo del cumpleaños de su prima, las obligaciones que le atosigaban en el trabajo... algo provocó el olvido de la parte fundamental de ese sueño tan relevante para la historia de la civilización. Recuerda a la perfección, sin embargo, lo sucedido en esa experiencia durmiente, aunque con rostros brumosos y nada definidos, con vaguedades en los motivos, si los había, por los que había aparecido su misterioso confidente y, sobre todo, con una absoluta negritud, un absoluto vacío rodeando a las palabras que le fueron transmitidas. Recuerda bien la esencia salvadora del mensaje... pero no el mensaje.

Desde entonces, la obsesión por recuperar ese secreto olvidado es el leitmotiv de la vida de Teresa. Ha tratado de revivir el mensaje del sueño por todos los medios imaginables, desde la hipnosis a la meditación, con experiencias poco agradables en ambos casos, según su propia confesión, dado su alto nivel de ansiedad por alcanzar ese recuerdo perdido.

También ha recurrido a las curiosas técnicas de los llamados sueños lúcidos, con las que se pretende inducir desde la vigilia, de manera consciente y dirigida, la temática y los acontecimientos que se desea que ocurran en el sueño. La experiencia fue descorazonadora y durante esas prácticas lo único que logró fue tener unas pesadillas aterradoras durante la vigilia.

Nada le ha funcionado, porque desde aquel día fatídico para ella, que pudo ser la gloria para la humanidad, desde aquel preciso momento en el que olvidó el mensaje esperanzador que le fue revelado en el sueño, desde entonces no ha podido volver a soñar durmiendo. Como parece que les sucede a algunas aves, descansa con sueños breves y cortos, sin ensoñaciones, pero nunca llega a dormir profundamente y, ni mucho menos, consigue que aparezcan imágenes, sonidos, colores o situaciones representadas como sueños.

Desde aquel día en el que tuvo la revelación, en el que pudo convertirse en la mesías de una nueva era de la humanidad, desde entonces padece de insomnio crónico.



Matías José Luis

Como un Quijote de periferia de ciudad, don Matías habla y habla de manera atropellada, casi sin tomar aire e, incluso, en ocasiones, perdiendo el resuello. Siempre que tiene oportunidad, suelta sus diatribas y discursos socio-políticos con la intención, buena pero un poco ingenua, de convencer de sus reflexiones a cualquiera que quiera oírle.

Yo le he asignado el don por delante por el aspecto casi señorial de su rostro, aunque la forma de expresarse y de vestir que tiene cuadraría más en el ámbito de las clases medio-bajas, con pocos recursos y mucho menor interés en aparentar o acercarse a otro estrato social más elevado. A decir verdad, ni ese don le gusta ni se llama Matías. Su verdadero nombre es José Luis, pero en todas las ocasiones en las que he sido oyente de sus charlas no he logrado sacar nada en claro sobre el porqué de ese cambio de nombre.

También he podido fijarme en cómo muchos de los vecinos de la zona con los que se cruza don Matías arguyen alguna tarea ineludible para no detenerse a escucharle. En su descargo, he de decir que no suele repetirse en sus discursos, expuestos siempre con argumentos bien trabados y con un excelente dominio de la retórica. Eso sí, los encuentros tienen poco de debate y don Matías deja poco margen a la dialéctica, ya que,

con el torbellino de palabras que sale por su boca, achica demasiado el espacio para cualquier confrontación de ideas.

Casi todo el énfasis de sus argumentaciones —y en muchas ocasiones es muy elevado— está dirigido a poner de relieve una especie de conspiración universal comandada por unos pocos individuos carentes de escrúpulos que, no solo crean más y más menesterosos como efecto colateral de su codicia, sino que hacen todo lo posible por impedir que la gran parte de la población mundial salga de su atávica miseria, ya sea esta más o menos acentuada, y por sostener esta precariedad con las desalmadas armas de este grupo de conspiradores.

Podría decir que don Matías es uno de esos que ahora se denominan conspiranoicos, aunque, según mi experiencia de oyente de sus disertaciones, los argumentos que expone son convincentes, muy propios de los grandes intelectuales de la izquierda, con referencias a los autores más significados y a las obras más señaladas del progresismo social. El centro de la diana de sus peroratas siempre apunta a las dos potencias económicas, militares y tecnológicas del planeta, aunque, señala siempre don Matías, ambas tienen, han tenido y tendrán un poder superior por encima de sus gobiernos. Un poder no divino, recalca, que marcará las decisiones generadas por sus políticas y, por ende, el destino de todos los habitantes del mundo... y, desgraciadamente, hasta el del mismo planeta.

Ahora bien, en el señor Matías, don José Luis, encuentro una señalada contradicción. Sin rubor ni complejo aparente, afirma que su sangre tiene linaje aristocrático, que ostenta un título nobiliario —que ni sé cuál es ni me interesa— y que por sus venas corre sangre regia con orígenes datados varios siglos atrás.

Es más, esta tarde afirma que tiene una recepción con el rey jubilado, de quien es buen amigo —se ufana de ello— y que no puede faltar a esa cita palaciega. En el fondo, se define como izquierdista de sangre azul. No sé...



Sedjem

Lo de Sedjem no tiene nombre. Cuando le miras, lo primero que llama la atención son sus orejas, extremadamente pequeñas, un tamaño que se acentúa por su rostro demacrado, con una piel enjuta y apagada y la cabeza rasurada. Pero lo más sorprendente de todo esto es que Sedjem posee un oído increíblemente agudo, fino y con el mayor alcance que haya podido conocer en cualquier persona, clínicamente probado, según comenta el propio Sedjem.

Muchos vecinos que saben de su peculiaridad dicen envidiar su alta capacidad auditiva, pero él siempre se refiere a ella como si hablara de una condena. Lo que para otros el oír como un felino podría parecer una ventaja para estar alerta ante cualquier eventualidad, para Sedjem esta cualidad la sufre como una maldición que le impide tener ni un instante de reposo.

El mundo está lleno de ruidos, en demasiadas ocasiones con un volumen muy agresivo. Gritos, motores por todos los lados, pantallas que lanzan sonidos sin parar, risotadas y conversaciones constantes, zumbidos, traqueteos, ladridos, músicas que se suceden unas a otras... por no hablar de los acontecimientos festivos, con fuegos artificiales, tracas y petardos, o de las celebraciones deportivas, tan dadas a ser expresadas con gran alaraca y griterío.

Parece que el mundo no puede permanecer en silencio y lo que para la mayoría son sonidos habituales a los que, pese a ser demasiado elevados por norma, ya están acostumbrados, para Sedjem se convierten en una verdadera tortura, difícilmente soportable, por lo que no es extraño verle caminar con unas orejeras aislantes cubriendo sus diminutas orejas.

El dormitorio de la casa de Sedjem tiene su ventana dando al patio de luces del edificio y en la aparente, para cualquiera, quietud de la noche, cuando parece que duerme todo el mundo, descubre con su particular sensibilidad para el sonido que la actividad (ruidosa) no se detiene en absoluto.

Cualquier pequeño ruido llega a sus oídos de manera clara e identificable, desde el crujido del somier de la cama cuando el durmiente se gira sobre sí mismo, hasta el zumbido del motor de los frigoríficos, cualquier pedo o eructo soltado en intimidad o, incluso, los susurros y gemidos más privados, que llegan a sus sentidos con tanta claridad como las voces diurnas y abiertas de quienes los producen, llegando a identificar, por efecto de la experiencia, al emisor de tales ruidos.

Pero lo más alucinante de la capacidad de Sedjem está relacionado con Ismael, nuestro vecino del sexto, ese que lleva años tecleando su existencia en forma de relato infinito con su antigua máquina de escribir.

Lleva tanto tiempo escribiendo en el mismo teclado que el oído de Sedjem ha aprendido a identificar de manera sorprendente la pulsión ejercida por Ismael en cada tecla, convirtiendo cada particular impacto en una especie de alfabeto, como el morse, que Sedjem ha logrado descifrar hasta comprenderlo como si de un lenguaje hablado se tratase.

Me cuenta Sedjem que Ismael habla de todos los integrantes de este curioso patio de vecindad con extrema meticulosidad y detalle, pero que nunca se atrevería a confesarle que puede escuchar y comprender lo que sus dedos teclean incansablemente.

El por qué Sedjem sigue viviendo en un entorno tan ruidoso y agresivo para sus sentidos se me escapa, aunque sospecho que está relacionado más con la familiaridad de los ruidos y sonidos que le rodean que con el volumen de los mismos. Hablando muy bajo, como siempre hace y

pide que hagamos los demás, él mismo me contó un día que en el entorno campestre, donde parecería que son menores o más suaves los ruidos que en la ciudad, lo que escucha se convierte en una verdadera pesadilla. Los sonidos que le llegan son desconocidos y parecen producidos por monstruos, fieras salvajes, espíritus surgidos de otra dimensión o alimañas procedentes del mismísimo infierno.



Cronista

Desde la simbólica atalaya del ático en el que vivo puedo observar a la vecindad y escribir sobre ellos. Yo no importo en esta crónica de personajes, aunque, seguro, yo también soy un personaje para otra gente. Parta Ismael, por ejemplo, ese vecino que lleva años escribiendo en directo y sin metáforas sobre su propia vida, sobre su entorno y sobre sus experiencias.

Desde que llegué aquí, vine con el propósito de crear una especie de fábula sobre la condición humana, por muy pequeñita que fuese, y la realidad me la puso enfrente, de golpe y llena de aristas y complejidades.

Recuerdo un breve fragmento de una filmación que vi en un documental que emitieron en la televisión. En ella mostraban imágenes de una gran manifestación de hippies que protestaban, creo, contra la Guerra del Vietnam y abogaban por un mundo lleno de paz y de amor. En dicha secuencia pude fijarme en un individuo que llevaba una cámara de fotos con la que parecía estar haciendo, para él, un inmortal momento de lo que estaba viviendo. Se movía con aspecto de urgencia y, quizás, hasta de ansiedad ante tantos estímulos visuales, cruzando entre unos y otras, entre aquellas y aquellos que lanzaban cánticos, chillaban protestas, se divertían, se besaban, bailaban, soñaban...

Me di cuenta entonces de que las imágenes capturadas por ese hombre con su cámara, aunque desconocidas, eran tanta historia como la de los grandes acontecimientos, esos que copan los libros que relatan nuestros pretéritos.

O habrían sido historia si alguna vez se hubieran hecho públicas y —es un suponer— no hubieran permanecido guardadas en una caja durante décadas y tiradas a la basura por los herederos de ese anónimo fotógrafo tras la muerte de este.

No sé si ese individuo que hacía las fotos era periodista o un aficionado anónimo emocionado con la vivencia; no sé si hizo esas fotos para sí mismo, como un recuerdo del momento o si pretendió mostrarlas o, incluso, venderlas a algún medio de comunicación; no sé siquiera si las. Fotos salieron bien o se le estropeó la película y nunca pudo ver plasmado en papel lo que sus ojos estaban tratando de fijar en su memoria.

Como él, seguramente, muchos otros y otras hicieron fotos. En ese evento y en infinidad de otras situaciones que la vida de la gente, del mundo entero, provoca, disfruta, sufre y vive constante e inevitablemente.

Pensé que en esas imágenes, en todas las capturadas por todos los fotógrafos anónimos del mundo, se describiría, como si de una imposible filigrana se tratase, la verdadera historia reciente de los seres humanos. Al menos, desde que existen los medios para poder plasmar el tiempo y congelarlo de manera permanente, como antes hicieron pintores, poetas, escritores y otros cronistas.

Me propuse entonces dibujar con palabras la personalidad de aquellos que tenía cerca y, aprovechando que acababa de alquilar este ático destartado y, con ello, estaba comenzando una especie de nueva etapa en mi vida, decidí fijarme en mis vecinos para retratarlos sin que ellos lo supieran. Tal y como vi que hacía ese fotógrafo anónimo que, sin preguntar, tomaba imágenes de cuanto llamaba su atención en aquella multitudinaria manifestación hippie.

Años antes de ponerme a esa tarea, tuve la oportunidad de conocer a una niña de siete años, Julieta, que, durante las fiestas de un pueblo por el que pasé, me contó que su mayor afán era convertirse en amiga de todas las personas de la localidad. Que no eran pocas, y ya fueran jóve-

nes como ella, mayores como yo o ancianos, se relacionaba con todas de igual a igual. Y parece que le faltaba poco para conseguir su propósito, a tenor de lo popular que era la chiquilla.

Ambas sensaciones, la del fotógrafo anónimo y la de la niña Julieta, me animaron a retratar someramente a esta vecindad que ha sido mi compañía durante casi un año.

Ahora toca marcharse. Llegaré a otro lugar y me encontraré con otras gentes. Quizás repita la experiencia, quizás dedique mis atenciones a otros menesteres. Al menos, estos que aquí han quedado esbozados forman ya parte de la más pequeña historia, esa que completa la gran historia.

Carmen me regaló una cajita con 19 hojas, todas ellas, incluida la caja, manufacturadas con pasta de papel obtenida de los excrementos de los elefantes. Tras un tiempo sin saber qué hacer con ella, se me ocurrió que cada día realizaría un dibujo en cada uno de los papeles.

Al terminarlos, decidí contar la historia de cada uno de los personajes.

Y, con el tiempo, fueron publicándose, uno a uno, en la revista online

La Charca Literaria, con un número de personajes limitado al número de hojitas de papel de caca de elefante que contenía la caja.

Finalmente, una vez publicados en ese espacio literario y de ideas, se han reunido aquí, en este libro de **La Ignorancia**, para que puedan leerse todos seguidos con facilidad.

Hasta el próximo vecindario.

Javier Herrero



JAVIER HERRERO

LA IGNORANCIA
LIBROS